

La Fe Demuestra Su Vitalidad Mediante Obras De Amor

Martín Lutero

Sermón para el primer domingo después de Trinidad.

Fecha: 22 de junio de 1522.

Texto: Lucas 16:19-31. *Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieran pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos.*

Introducción: El rico y el pobre como ejemplos de la incredulidad y de la fe.

Los Evangelios nos han ofrecido hasta ahora numerosos ejemplos de la fe y del amor, como que el propósito de todos los Evangelios es precisamente el de darnos una enseñanza acerca de estos dos temas fundamentales. Y sabéis de sobra —así lo espero al menos— que ningún hombre puede agradar a Dios a menos que tenga esa fe y ese amor. Aquí en cambio, en nuestro Evangelio de hoy, el Señor nos presenta el ejemplo de un hombre que vive en incredulidad e impiedad, para que este cuadro tan contrastante nos infunda repugnancia y nos haga adherir tanto más fervientemente a la fe y al amor. Pues en dicho cuadro vemos un juicio de Dios sobre los creyentes y los incrédulos que es a la vez aterrador y consolador: aterrador para los incrédulos, consolador para los creyentes. Para que lo comprendamos tanto mejor, tendremos que estudiar bien en detalle tanto al hombre rico como al pobre Lázaro. En el hombre rico veremos manifestadas las características de la incredulidad, y en el pobre Lázaro, las de la fe.

Primera Parte

1. A pesar de su vida aparentemente correcta, el hombre rico recibe un juicio condenatorio.

Al hombre rico no debemos juzgarle por lo que aparentaba exteriormente en su modo de vivir, pues el hombre ese lleva vestido de oveja: su vida luce y resplandece en los colores más hermosos y encubre magistralmente al lobo que lleva en su interior. Efectivamente, el Evangelio no acusa al hombre rico de haber cometido adulterio, asesinato, robo, sacrilegio o algún otro delito reprobable también ante el foro del mundo o de la razón humana. Al contrario, durante su vida terrenal, el hombre había sido no menos honorable que aquel fariseo que "ayunaba dos veces a la semana y no era como los otros hombres" (Lucas 18:11 y sigs.). Si en su comportamiento se hubiesen hallado faltas de tan grueso calibre, el Evangelio seguramente las habría señalado, ya que en su descripción va tan al detalle que incluso menciona el vestido de púrpura y los banquetes del hombre rico, cosas puramente exteriores que no influyen en el juicio que Dios hace de una persona. Es de suponer por lo tanto que el hombre aquel había observado en lo exterior una conducta intachable, y que en opinión de él mismo y de todos los demás había cumplido con cada uno de los mandamientos dados por Moisés. Por esto, al juzgar al hombre rico no hay que detenerse en la mera apariencia externa, sino que hay que escudriñar su corazón y juzgar su espíritu. Pues el Evangelio tiene una vista muy aguda y penetra con su mirada hasta el fondo mismo del corazón; censura también aquellas obras en que la razón no halla nada que censurar, y no se fija en los vestidos de oveja sino en los frutos que lleva el árbol, para juzgar a base de ellos si el árbol es bueno o malo, como nos enseña el Señor en Mateo 7 (v. 16-20). Así que si queremos examinar la vida de este hombre rico para ver si hay en ella frutos de la fe, encontraremos un corazón comparable a un árbol malo, un corazón al que le falta la fe. Pues en realidad es esto, la falta de fe, lo que el Evangelio critica en el hombre rico al decir que tenía banquetes espléndidos todos los días y amaba la vestimenta costosa. La razón no puede ver en esto un pecado de mayor importancia. Es más: los que confían en su propia perfección creen que disfrutar de esta manera los placeres de la vida es un derecho que les asiste y que tienen bien merecido con su vida impecable. No ven cómo se hacen culpables con este su comportamiento, a causa de su incredulidad.

2. El pecado del hombre rico es que con un corazón incrédulo se aferra a los bienes materiales.

Pues a decir verdad, este hombre rico no es reprobado por haber pasado sus días en banquetes espléndidos, vistiendo la ropa más fina. Hay muchos ejemplos entre los santos, reyes y reinas de antaño que también llevaban vestidos suntuosos, como Salomón, Ester, David, Daniel, etc. Antes bien, se le enjuicia por el hecho de que hacía de tales cosas el objeto de sus más íntimos deseos, las buscaba con afán, se aferraba a ellas, las prefería a todo lo demás, hallaba en ellas todo su placer y alegría, y prácticamente las convertía en su ídolo. A esto se refiere Cristo con las palabras "cada día": el hombre rico se entregaba cada día a los placeres mencionados. Esto nos demuestra que había buscado y escogido deliberadamente dicho género de vida. No es que se le hubiera obligado a ello. Tampoco se hallaba en ese ambiente por casualidad, o en razón

de su oficio, o para prestar un servicio a su prójimo, sino sólo para satisfacer sus deseos. Vivía exclusivamente para sí mismo, servía solamente a su propia persona.

Con esto queda al descubierto el pecado secreto de su corazón, su incredulidad, así como por el fruto malo se descubre que un árbol es malo. Pues donde hay fe, ésta no busca los vestidos de lujo ni las comidas exquisitas, más aún: no busca ningún bien, renombre, placer, rango, ni ninguna otra cosa que no sea Dios mismo. Lo único que ansia, lo único a que se aferra es Dios, el Bien supremo. Lo mismo le da comida selecta o comida de pobres, ropa de gala o ropa humilde. Pues aun en el caso de que los creyentes lleven ropa de alto precio, ejerzan gran poder u ocupen un elevado rango, no reparan en ninguna de estas cosas, sino que las aceptan como una obligación, o llegan a ellas por casualidad, o tienen que cargar con ellas como parte del servicio que tienen que prestar a otra persona. La reina Ester confiesa que el llevar su diadema real no le causa ningún placer; no obstante, se vio en la necesidad de llevarla para complacer al rey. También David habría preferido ser un ciudadano como cualquier otro, pero por voluntad de Dios y del pueblo tuvo que ser rey. Y así proceden todos los creyentes: si llegan a adquirir poder, renombre y una posición brillante, es sólo por obligación. En su corazón se mantienen libres de estas cosas, y si se valen de ellas, es solamente como de recursos exteriores, para servir a su prójimo, como lo expresa también el Salmo: "Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas".

Mas donde reina la incredulidad, el hombre se lanza so ore estas cosas, pone su corazón en ellas, corre tras ellas y no descansa hasta haberlas alcanzado. Y una vez en posesión de ellas, se deleita y se revuelca en ellas como el cerdo en el barro. Parecería que no existiera para él felicidad mayor. Cuál es su relación con Dios, qué significa Dios para él, qué puede y debe esperar de parte de Dios, todo esto no le interesa. Su Dios es el vientre. Y si no puede alcanzar lo que apetecía, cree que las cosas en este mundo no andan bien. Pero todos estos frutos horribles y malos de la incredulidad, nuestro hombre rico no los ve. Los encubre, se enceguece a sí mismo con el brillo de las muchas obras buenas de su vida farisaica, y endurece su corazón de tal modo que por último ya no le hace efecto ninguna enseñanza, exhortación, amenaza ni promesa. He aquí, éste es el pecado oculto que nuestro Evangelio somete a juicio y condena.

3. Consecuencia de la incredulidad del rico es su falta de amor.

De este pecado nace el otro: que el hombre rico se olvida del amor al prójimo; pues al pobre Lázaro le deja echado delante de su puerta, sin prestarle la menor ayuda. Y aunque no se hubiera querido molestar personalmente en ayudarlo un poco, por lo menos podría haber dado una orden a sus servidores para que trasladaran al pobre mendigo a un establo y cuidaran de él. Esto es porque el hombre rico no tiene el menor entendimiento de Dios ni experimentó jamás cuan bueno es Dios. Pues el que siente la bondad de Dios, siente también la desgracia de su prójimo; mas el que no siente la bondad de Dios, tampoco siente la desgracia de su prójimo. Por lo tanto, así como permanece indiferente ante la bondad de Dios, permanece indiferente también ante la desgracia de su prójimo.

Pues la fe tiene la característica de que espera y confía en el solo Dios como dador de todos los bienes. De esta fe surge en el hombre el conocimiento de Dios: llega a darse cuenta de lo bueno y misericordioso que es el Señor. Y tal conocimiento a su vez produce en él un corazón blando, lleno de compasión, de modo que desea fervientemente hacer a todos sus semejantes el bien que él mismo ha experimentado de parte de Dios. Busca por lo tanto dar expresión a su amor, y sirve a su prójimo de todo corazón, con cuerpo y vida, bienes y honra, con alma y

espíritu, y hace por él todo cuanto esté a su alcance, tal como Dios ha hecho con él. Consecuentemente, tampoco escoge como objetos de su actividad caritativa a las personas rebosantes de salud, a los encumbrados, fuertes, ricos, nobles y santos, que no tienen necesidad de él, sino a los enfermos, débiles, potares, despreciados y cargados de pecados, a quienes puede ser de utilidad, en quienes puede ejercitar su corazón bondadoso, y a quienes puede hacer lo que Dios le hizo a él.

La característica de la incredulidad en cambio es que no espera de Dios nada de bueno. De esta incredulidad surge un engegucimiento total del corazón, de modo que una persona tal no es capaz de darse cuenta de lo bueno y misericordioso que es el Señor; antes bien, "no para mientes en Dios", como dice el Salmo 14 (v. 2). Y tal engegucimiento produce en él un corazón cada vez más duro e incompasivo, al extremo de que no tiene el más mínimo deseo de servir a hombre alguno, sino muy al contrario, el de causarles dolores y perjuicios a todos. Pues como no siente que Dios le haya hecho ningún bien, tampoco siente ganas de hacerle bien a su prójimo. En consecuencia, tampoco va en busca de personas enfermas, pobres y despreciadas a quienes podría ser de utilidad y a quienes podría y debería hacer bien, sino que mira en torno suyo para ver si descubre a personas encumbradas, ricas e influyentes de las cuales él mismo puede obtener utilidad, bienes, placeres y honores.

4. La incredulidad y la falta de amor son inseparables una de otra.

Vemos por lo tanto en el ejemplo de este hombre rico que no puede haber amor donde no hay fe, y que no puede haber fe donde no hay amor. Ambos quieren estar juntos, y tienen que estar juntos. Un hombre creyente ama a todos y sirve a todos. Un incrédulo en cambio tiene un corazón lleno de enemistad hacia todos y quiere que todo el mundo esté a su servicio. Y no obstante cubre este pecado horrible y perverso con el brillo barato de sus hipócritas buenas obras como con una piel de oveja. Se parece en esto al gigantesco avestruz, cuya insensatez es tan grande que al cubrirse el cuello con una rama, cree que está cubierto su cuerpo entero. Sí, mi amado oyente, en nuestro Evangelio ves que no hay nada más ciego e incompasivo que la incredulidad, pues los perros de que se nos habla aquí, que son los animales más rabiosos — estos perros se muestran más compasivos con el pobre Lázaro que aquel hombre rico. Se dan cuenta de la miseria del infeliz mendigo y le lamen las llagas, mientras que el hipócrita insensible y engegucido se muestra tan duro que ni siquiera le permite comer las migajas que caen de su mesa.

Pues bien: estas características del rico hipócrita son las de todos los hombres carentes de fe. Su incredulidad los obliga a ser y a obrar tal cual los retrata y describe este hombre rico mediante su manera de vivir. Y en especial son los religiosos los que responden a las características que aquí se ponen de manifiesto. Ellos jamás hacen obras genuinamente buenas. Solo tratan de pasar una buena vida. No prestan servicios a nadie ni son de utilidad para nadie, sino que se hacen servir por todos: "¡Venga todo para acá; los demás que se las arreglen!" Y aunque algunos de ellos no tengan comida y ropa de primera, la voluntad de tenerla no les falta. Y a estos religiosos los imitan los ricos, los príncipes y señores: abundan en hipócritas "buenas obras", hacen grandes donaciones, construyen iglesias, todo para cubrir al gran malévolo, al lobo de la incredulidad. Y el resultado es que se tornan siempre más insensibles y duros y no contribuyen en nada al bien de sus semejantes.

Segunda parte

1. Lo que hace a Lázaro agradable a Dios es su fe, no su pobreza

Al pobre Lázaro tampoco debemos juzgarlo solamente por su apariencia exterior, sus llagas, su pobreza y aflicción. Pues hay muchos hombres que como él, padecen las más diversas tribulaciones, sin que les aproveche para nada. El rey Heredes, por ejemplo, sufría de un mal gravísimo; sin embargo, no por ello su situación frente a Dios mejoró en lo más mínimo. Debemos ser conscientes de que la pobreza y los sufrimientos no hacen a nadie persona grata ante Dios; antes bien, si uno ya es persona grata, entonces su pobreza y sus sufrimientos son cosa preciosa para Dios, como dice el Salmo 116 (v. 15): "Estimada es a los ojos del Señor la muerte de sus santos". Por lo tanto, también en el caso de Lázaro debemos escudriñar el corazón y buscar allí el tesoro que hizo tan estimadas sus llagas. Sin duda, este tesoro fue su fe y su amor; pues "sin fe es imposible agradar a Dios", como se declara en Hebreos 11 (v. 6). Hemos de pensar, pues, que Lázaro tenía un corazón tan lleno de confianza filial en Dios, que aun en medio de tamaña pobreza y miseria esperaba de Dios todo lo bueno y se consolaba con la misericordia divina. Con esta bondad y misericordia de Dios se contentó tan completamente, y halló en ellas tantas satisfacciones, que con gusto habría padecido otros infortunios más si la voluntad de su Dios benigno lo hubiera dispuesto así. He aquí una fe verdadera, genuina, viva; esta fe de Lázaro, a la par que le hizo reconocer la bondad divina, produjo en él un corazón blando, de modo que nada de lo que hubiera tenido que padecer o hacer, además de lo que ya de por sí estaba padeciendo, le habría resultado demasiado, o demasiado gravoso. Así es cuando la fe experimenta la gracia de Dios: una fe tal dispone al corazón para acatar en todo la voluntad del Señor.

2. Lázaro presta también los servicios del amor, al menos espiritualmente.

De esta disposición del corazón de servir a Dios por amor, nace ahora la otra virtud, a saber, el amor al prójimo, que alienta en Lázaro la sincera voluntad de servir a todos. Pero como es tan pobre e inválido, no tiene nada con que pudiera hacer efectiva su voluntad. Por ende, su buena intención le es acreditada como buena acción. Pero esta deficiencia en el servir corporal la suple con creces por medio de un servicio espiritual. Pues ahora, después de su muerte, presta servicios al mundo entero precisamente con sus llagas, su hambre y su miseria. Su hambre física sacia nuestro hambre espiritual, sus desnudeces corporales visten nuestras desnudeces espirituales, sus llagas corporales sanan nuestras llagas espirituales. ¿Cómo lo hacen? ¡Con el ejemplo que él nos da, que nos sirve de lección y de consuelo! Lázaro nos enseña que Dios tiene su complacencia en nosotros, aun cuando en nuestra vida terrenal nos estemos debatiendo en la miseria — con tal que tengamos fe en él. Y Lázaro nos da también una advertencia: nos muestra que Dios está airado con nosotros, por más bien que nos vaya materialmente, si nuestra prosperidad va acompañada de incredulidad. La prueba la tenemos aquí: Dios miró con benevolencia a Lázaro en su miseria, pero al hombre rico lo miró con profundo disgusto.

Dime: ¿qué rey con toda su inmensa riqueza sería capaz de prestar al mundo entero un servicio como el que prestó este pobre Lázaro con sus llagas, su hambre y su indigencia? ¡Oh, cuan admirables son las obras y los juicios de Dios! ¡Con cuánta maestría conduce él al fracaso a la razón y sabiduría humana, que se cree tan prudente y que en realidad es tan tonta! Ah sí, a la

razón le gusta mucho más ver el vestido púrpuro del hombre rico que las llagas del pobre Lázaro. Prefiere a una persona sana, de bella estampa; pero ante el hedor de las heridas del pobre Lázaro se tapa las narices, y aparta la vista de sus desnudeces. Entre tanto, Dios hace que esta grandísima tonta pase frente a aquel precioso tesoro sin verlo siquiera, y forma para sí mismo, en silencio, su juicio, y convierte al pobre hombre en un personaje tan elevado y estimado que a la postre, todos los reyes son indignos de servirle y de limpiarle sus heridas. Pues: ¿qué te parece? ¿Qué rey no daría ahora con mil amores su salud, su manto real y su corona a cambio de las llagas, la pobreza y la miseria de ese Lázaro, si tal cosa fuera posible? ¿Y qué hombre hay que quisiera dar, en vista de todo esto, un solo centavo por los vestidos de púrpura y toda la fortuna del hombre rico?

3. Lázaro nos muestra cuál es nuestro deber para con nuestro prójimo desvalido.

Si este hombre rico no hubiese sido tan ciego, si hubiese sabido que delante de la puerta de su casa yace un tesoro tan grande, un hombre tan estimado a los ojos del Señor, ¿no crees que habría salido corriendo a socorrerle, que le habría limpiado y besado las llagas, y que le hubiera, acostado en la mejor de sus camas? Toda su vestimenta de púrpura, toda su fortuna la habría puesto al servicio del pobre Lázaro. Pero al tiempo que Dios ya estaba elaborando su juicio, el hombre rico vivía con los ojos cerrados; cuando aún podía ayudar a Lázaro, no lo hizo. Entonces, Dios pensó: Siendo así las cosas, te considero indigno de que le sirvas. Pero luego, llegados ya a su término el juicio y la obra de Dios, la tan inteligente, mejor dicho tan tonta razón del hombre rico comienza a abrir los ojos: ahora que el hombre rico padece los tormentos del infierno, gustosamente daría su casa y toda su propiedad a aquel a quien anteriormente ni siquiera le había querido dar un bocado de pan. Y ahora solicita que Lázaro le refresque la lengua con la punta de su dedo, el mismo Lázaro al que antes ni le había querido tocar.

Con tales juicios y obras, mis amados oyentes, Dios llena aún hoy a diario el mundo entero; y nadie lo ve, y todos lo echan en saco roto. Ahí hay delante de nuestros ojos gente pobre y necesitada que Dios ha puesto allí como nuestro más precioso tesoro. Pero nosotros apartamos la vista de ellos, y no vemos qué hace Dios después con ellos. Sólo más tarde, una vez que Dios puso el punto final y nosotros perdimos el tesoro, venimos corriendo y ofrecemos nuestros servicios. Pero ya pasó la oportunidad. Y entonces comenzamos a convertir en objetos milagrosos los vestidos y zapatos de aquellos pobres tan poco estimados en vida, y los enseres que usaron, y organizamos peregrinaciones, y erigimos iglesias sobre el lugar donde yacen sepultados, y nos esforzamos grandemente con tales tonterías. Pero con esto no hacemos más que ponernos en ridículo: cuando esos santos estaban aún en vida, no hicimos nada para evitar que se los pisoteara y se los dejara perecer, y ahora, cuando ya no lo necesitan ni les aprovecha, veneramos sus vestidos. Ciertamente, a raíz de esto el Señor pronunciará sobre nosotros la sentencia de Mateo 23 (v. 29 y sigts.): "¡Ay de vosotros, escribas, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y los adornáis. Vuestros padres los mataron, y vosotros les construís monumentos fúnebres. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas; porque ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros."

4. Lázaro es la imagen de todos los creyentes, aun cuando su suerte sea distinta.

De la naturaleza del pobre Lázaro son todos los creyentes. Todos ellos son "Lázaros" en la verdadera acepción de la palabra, porque todos son de la misma fe, del mismo pensar, de la misma voluntad que este Lázaro. Y quien no sea un Lázaro, con toda seguridad compartirá la suerte del rico comilón en el fuego del infierno. Pues como Lázaro, todos debemos confiar en Dios con fe sincera, entregarnos a él para que él haga con nosotros conforme a su voluntad y estar dispuestos a servir a cuantos necesiten de nuestros servicios. Y aunque no todos tenemos que padecer las mismas llagas que Lázaro, y la misma pobreza, sin embargo debe animarnos la misma voluntad y mentalidad que hubo en él, a saber, la de aceptar gustosos idénticas cargas, si plugiere al Señor imponérselas. Tal actitud de "pobreza espiritual" muy bien puede coexistir con riqueza material, como lo demuestra el ejemplo de Job, David y Abraham, que fueron a un tiempo pobres y ricos. Así dice David en el Salmo 39 (v. 12): "Forastero soy para ti, y advenedizo, como todos mis padres". ¿Cómo se explica esto, siendo que David era rey y poseía vastos territorios y grandes ciudades? Es que su corazón no estaba apegado a su riqueza y poder, y los estimaba como nimiedades en comparación con lo que es un "bien" a los ojos de Dios. Seguramente, David habría dicho también respecto de su salud que ésta no le significaba nada comparada con la salud ante Dios; y sin duda habría sido capaz también de sobrellevar con paciencia llagas corporales y enfermedad.

Lo mismo cabe decir de Abraham. Tampoco él estaba aquejado por pobreza y enfermedad como Lázaro; tenía sin embargo, al igual que éste, la buena voluntad de aceptarlas si hubiese sido la voluntad de Dios enviárselas. Pues los santos deben ser en su fuero interno de un mismo sentir y de un mismo ánimo, exterior mente empero no pueden desempeñar todos la misma función ni padecer los mismos males. Ésta es la razón por qué Abraham reconoce a Lázaro como a uno de los suyos y le recibe en su seno, cosa que no habría hecho si no fuera de un mismo ánimo con él y mirara complacido su pobreza y enfermedad.

Esto es, pues, lo que queremos destacar como tema principal y significado del Evangelio del hombre rico y el pobre Lázaro: siempre y en todas partes, la fe lleva a la salvación, y la incredulidad lleva a la condenación.

Tercera parte

Algunas preguntas en particular que nos plantea este Evangelio.

El significado de la expresión: "el seno de Abraham".

Nuestro Evangelio nos plantea además diversas preguntas. Efe primera es: ¿Cómo hemos de entender lo del "seno de Abraham", ya que no se puede tratar de un regazo corporal? Respuesta: Debemos saber que el alma o espíritu del hombre no tiene otro lugar donde pueda descansar o permanecer sino la palabra de Dios, hasta que en el día postrero llegue a la contemplación plena del Señor. Opinamos por lo tanto que el seno de Abraham no es otra cosa que la palabra de Dios mediante la cual le fue prometido a Abraham el Cristo, como leemos en Génesis 22 (v. 18): "En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra". Esta promesa

habla de Cristo como de aquel en quien "todas las naciones serán benditas", es decir, redimidas del pecado, de la muerte y del infierno; "en esta simiente serán benditas", se recalca, y en ningún otro ni mediante obra alguna. Todos aquellos, pues, que creyeron en esta promesa, creyeron en Cristo y fueron verdaderos cristianos; por su fe en estas palabras fueron librados de los pecados, de la muerte y del infierno.

Por consiguiente, todos los padres que vivieron antes del nacimiento de Cristo, fueron llevados al seno de Abraham; es decir, en su última hora se aferraron con firme fe a esta promesa, y en ella se durmieron, sostenidos y guardados como en un regazo, y allí siguen durmiendo aún, hasta el postrer día, excepto aquellos "santos que se levantaron junto con Cristo" de quienes habla Mateo en el cap. 27 (v. 52), si es que permanecieron en este estado in. Como aquellos padres debemos hacer también nosotros: cuando llegue nuestro fin, debemos encomendarnos con fe inquebrantable a lo que dijo Cristo: "El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (Juan 11:26) u otra palabra similar, y morir en esta fe. Entonces, también la muerte nuestra será un "dormir", y seremos llevados al seno de Cristo y guardados allí hasta el día postrero. Pues la palabra dicha a Abraham y la que fue dicha a nosotros son idénticas: ambas hablan de Cristo y dicen que de él solo nos viene la salvación. Aquella palabra de Génesis 22 empero es llamada "seno de Abraham" porque fue dicha a Abraham primero, y con él arranca.

Por otra parte, el "infierno" mencionado en nuestro Evangelio no puede ser el infierno propiamente dicho "cuyas puertas se abrirán el postrer día; porque es evidente que el cuerpo del hombre rico fue sepultado no en el infierno sino en el seno de la tierra. Tiene que ser, sin embargo, un lugar donde el alma puede morar, y a la vez carecer de reposo. Y ese lugar no puede ser un lugar físico. Consideramos por lo tanto que el infierno aquí mencionado es la mala conciencia que carece de la fe y de la palabra de Dios. En esta mala conciencia, el alma yace sepultada y retenida hasta el postrer día, en que el hombre será arrojado con cuerpo y alma en el infierno verdadero y real. Pues así como el seno de Abraham es la palabra de Dios en la cual, por virtud de la fe, los creyentes reposan, duermen y son guardados hasta el día postrero, así también el infierno tiene que ser algo donde la palabra de Dios no está, algo que sirve de confinamiento al cual son relegados los incrédulos, hasta el postrer día, a causa de su incredulidad. Y ese "algo" no puede ser sino una conciencia vacía, incrédula, pecaminosa, mala.

2. La conversación entre Abraham y el hombre rico.

La otra pregunta es: ¿Cómo hemos de imaginarnos la conversación entre Abraham y el hombre rico? Respuesta: De ninguna manera puede haber sido una conversación sostenida mediante palabras como las que nosotros empleamos habitualmente. No olvidemos que tanto el cuerpo del hombre rico como el del pobre Lázaro yacen sepultados en la tierra. Por lo tanto, ni es corporal la lengua de cuya sequedad se queja el rico, ni lo son el dedo o el agua que pide de Lázaro. Toda esta conversación la hemos de situar en la conciencia, donde transcurre de la siguiente manera: Cuando en la hora de la muerte, o en horas de agonía, a la conciencia se le abren los ojos, se da cuenta de su incredulidad; y lo primero que ve es el seno de Abraham y los que están sentados allí, es decir, la palabra de Dios en que esa conciencia debiera haber creído y no lo hizo; y de ahí le vienen ahora indecibles tormentos y angustias, como los que se padecen en el infierno, y no halla socorro ni consuelo. Surgen entonces en la conciencia pensamientos que, si pudieran formularse en palabras, mantendrían entre sí un diálogo como el que el hombre rico mantiene aquí con Abraham. ¿Qué busca el hombre rico? Quiere ver si la palabra de Dios y todos los que creyeron en ella, están dispuestos a socorrerle. Y tan angustiada es su solicitud, que ya se

conformaría con un consuelo mínimo brindado por el más humilde de los bienaventurados. Y ni esto lo puede alcanzar. Pues Abraham le responde (o sea: su conciencia, aleccionada por la palabra de Dios, llega a comprender) que esto no puede ser: antes bien, él había recibido sus bienes en su vida, y ahora debía ser atormentado, y en cambio debían ser consolados aquellos a quienes él había despreciado.

Por último tiene que oír que entre él y los creyentes está puesta una gran sima, de manera que nadie puede juntarse con los que están al otro lado. Esto se refiere a la desesperación que cae sobre la conciencia del hombre que se da cuenta de que ha sido privado para siempre de la palabra de Dios, y que va no puede contar con socorro alguno, por más que lo desee. En esta desesperación, los pensamientos de su conciencia se dirigen a otra cosa: quisieran que los que aún están en esta vida presente, supieran qué tormentos se padecen en los angustiosos momentos de la muerte; por esto solicitan que alguien fuera a avisarlos. Pero tampoco esta solicitud prospera; porque el hombre rico percibe en su conciencia la respuesta de que aquéllos tienen a Moisés y a los profetas: esto tenía que bastarles, en éstos debían creer, como también él mismo tendría que haberlo hecho. Todo esto ocurre entre una conciencia condenada y la palabra de Dios en la hora de la muerte o en las angustias de la muerte. Y ningún viviente puede conocer estas cosas en toda su extensión sino el que las está experimentando. Y el que las está experimentando quisiera que las supiesen sus allegados. Pero ya todo es en vano.

3. El tiempo en que sucede esto, y su duración.

Viene ahora la tercera pregunta: ¿Cuándo sucedió lo que se acaba de describir? ¿Continúan los tormentos del hombre rico aún ahora, diaria e ininterrumpidamente, hasta el juicio final? Es ésta una pregunta sutil, y es muy difícil contestársela a gente que carece del conocimiento necesario. En efecto: es preciso apartar de la mente el concepto "tiempo", y saber que en el mundo del más allá no hay ni tiempo ni hora, sino que todo es un solo momento eterno, como dice San Pedro en su segunda carta, capítulo 3 (v. 8): "Para con el Señor, un día es como mil años, y mil años como un día". Creo, pues, que mediante el ejemplo del hombre rico se nos muestra cómo les irá a todos los incrédulos cuando sus ojos sean abiertos en la muerte o en la agonía. Lo descrito aquí puede durar un instante, y luego cesar hasta que llegue el postrer día. Todo será como Dios lo disponga. No es posible establecer reglas fijas a base de los detalles que nos ofrece el Evangelio del hombre rico y el potare Lázaro. Por lo tanto no me atrevo a afirmar que el hombre rico esté sufriendo en el tiempo actual de la misma manera como sufría en aquel entonces, pero tampoco me atrevo a negar que aún esté sufriendo así; porque tanto la continuidad de los tormentos como su cese dependen por entero de la voluntad divina. Para nosotros es suficiente que se nos muestre el ejemplo y comienzo de lo que habrán de padecer todos los incrédulos.

4. La intercesión por los difuntos.

Hay una cuarta pregunta: ¿Se puede o se debe hacer intercesión por los difuntos? Esta pregunta surge inevitablemente, ya que, por una parte, nuestro Evangelio no menciona nada en cuanto a la existencia de un estado intermedio entre el seno de Abraham y el infierno, y por otra parte, deja bien en claro que los sentados en el seno de Abraham no necesitan tal intercesión, mientras que los que se hallan en el infierno, no sacan ningún provecho de ella. Respuesta: No

tenemos ningún mandamiento de Dios de hacer oraciones por los muertos. Por lo tanto, el no orar por ellos no puede considerarse un pecado. Pues nadie puede incurrir en pecado con algo que Dios no mandó ni prohibió. Sin embargo, por cuanto Dios no nos dio a conocer cuál es, en concreto, la situación de las almas de los difuntos, y como a raíz de ello no podemos saber con certeza en qué forma actúa Dios con ellas, no queremos ni debemos impedir que se ore por los muertos, ni tampoco queremos o podemos considerarlo un pecado. Dado que por lo relatado en el Evangelio llegamos a la convicción de que fueron resucitados muchos muertos respecto de los cuales tenemos que admitir que aún no habían recibido su sentencia definitiva, tampoco estamos en condiciones de afirmar que la haya recibido ya algún otro de los que yacen aún en el sepulcro.

Ya que reina incertidumbre en torno de este punto, y ya que no sabemos si el alma ya está juzgada, no es un pecado que ores por ella, pero de un modo que respete esa incertidumbre. Puedes decir, por ejemplo: "Amado Padre, si el alma se halla en un estado en que todavía se la puede socorrer, te ruego tengas misericordia de ella." Y si has orado así una o dos veces, no te afanes más y encomienda aquel alma a Dios; porque él nos prometió prestar oídos a nuestros ruegos. Pero después de haber orado así a lo sumo tres veces, cree firmemente que tu oración fue escuchada, y no insistas más, porque esto ya sería tentar a Dios y desconfiar de él.

Pero todas aquellas prácticas de las misas en perpetua memoria, vigiliias, oraciones recordatorias que se repiten mecánicamente cada año como si el año anterior Dios no nos hubiera escuchado, no son más que un funesto invento del diablo. De esta manera, la incredulidad hace burla de Dios, y tales oraciones en sufragio de las almas no son otra cosa que sacrilegios. Por ende, cuídate de ellas, y evítalas. Dios no pregunta por recordatorios anuales, sino por la oración que brota de un corazón devoto y creyente: ésta ayudará a las almas, si es que hay algo que les pueda ayudar. Las vigiliias en cambio y misas por los difuntos aprovechan por cierto a los sacerdotes, monjes y monjas, pero a las almas no les aprovechan para nada, y además, son pura blasfemia.

Pero si en tu casa tienes un duende o fantasma que pretende que se lean misas para que no tenga que seguir penando, no dudes: el tal es un espíritu maligno. Desde que existe el mundo, jamás un alma volvió a aparecer a los vivientes, ni quiere el Señor que ello ocurra. En nuestro Evangelio ves que Abraham no accede al pedido del rico de que un muerto vaya a instruir a los vivientes, sino que los remite a la palabra de Dios en las Escrituras y dice: "A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos". Con esto, Abraham llama nuestra atención al mandamiento divino expresado en Deuteronomio 18, donde Dios dice: "No sea hallado en ti quien consulte a los muertos" (v. 10, 11). Por consiguiente, es claramente una obra del diablo cuando aquí y allá aparecen espíritus, por arte de encantamiento, y piden que se lean tantas y tantas misas o se hagan tales y tales peregrinaciones u otras obras, y luego aparecen de nuevo, con toda nitidez, y afirman que ahora están redimidos. Con esto, el diablo induce a los hombres al grave error de que se desvían de la fe hacia las obras y creen que las obras son en realidad capaces de lograr tales efectos. Se cumple así lo que predijo San Pablo en 2ª Tesalonicenses cap. 2 (v. 11): "Por esto Dios les envía a los incrédulos un poderoso engaño".

Sé prudente, pues, y confórmate con que Dios no quiere que sepamos al detalle cuál es la situación de los difuntos, para que sobre toda inútil curiosidad prevalezca la fe alimentada por la palabra de Dios, la fe que cree que después de esta vida presente, Dios lleva a la bienaventuranza a los que permanecieron fieles, y arroja a la condenación a los incrédulos. Por tanto, si en algún momento se te apareciera un fantasma, no le des importancia; antes bien, ten la certeza de que es el demonio, y recházalo con este veredicto de Abraham: "A Moisés y a los profetas tienen" y con el mandamiento que Dios nos da en Deuteronomio 18: "No sea hallado en ti quien consulte a los

muertos". Con esto, el fantasma se marchará. Y si no se marcha, déjalo que meta ruido hasta que se canse, y aguanta sus diabluras con firme fe en el Señor.

Y aun en el supuesto caso de que el duende fuese un alma o un espíritu bueno, no obstante no debes admitir de él ninguna información ni preguntarle nada, porque Dios lo prohibió. Pues para esto nos ha enviado a su propio Hijo, para que éste nos enseñara todo cuanto nos es necesario saber. Lo que el Hijo no nos ha enseñado, ignorémoslo gustosamente, y contentémonos con la doctrina de los santos apóstoles mediante la cual él nos predica.